

VI

Los efectos producidos por el artículo de Florisa Barel, no tardaron en dejarse sentir por la Marquesa. Hasta entonces había sido respetada. La alta posición que ocupaba, su belleza, su ingenio y la esplendor de las recepciones que ofrecía, le proporcionaban distinciones especiales. La prensa la elogiaba y daba noticias de sus triunfos, en los « Ecos de sociedad » y en la « Crónica de salones. » Cuando patrocinaba alguna empresa artística, era seguro el buen éxito. Los prohombres de la política no habían desdeñado congraciarse con ella. Todos los presidentes de Consejos de Ministros se habían sentado ante su mesa. El Marqués conde, por su parte, había organizado magníficas expediciones cinegéticas, llevando á cazar faisanes, en su coto, á reyes extranjeros al par que á diputados radicales socialistas. Bruscamente se manifestaron síntomas de desafección. Los periódicos, que acostumbraban á hablar de la Marquesa en términos ditirámicos, no sólo guardaron silencio, sino que dedicaron elogios á las

rivales aristocráticas y literarias de la señora de Sortais, con tonos de jovialidad, que tenían caracteres de traición.

La encantadora señora de Séminoles, que se consagraba á las reconstituciones literarias de la época pagana, y cuya erudición estaba matizada por delicioso erotismo, consiguió que le alabasen su último volumen: *La gloria de Pan*, y que recomendasen aquella mitológica indecencia, en algunas frases destinadas á animar la venta. La pazguata señora viuda del almirante Touchot, obtuvo el nombramiento de vicepresidenta de la Sociedad de Conciertos benéficos, cargo que llevaba diez años ambicionando y que la Marquesa no le dejaba obtener. El afán de los *snoobs* por asistir á las recepciones de la señora de Sortais, disminuyó sensiblemente. La interesada presintió el abandono. Esta dama, tan inteligente como seductora, que, trabajando, durante varios años, se había conquistado, con habilidad y paciencia admirables, una deslumbrante supremacía en el mundo aristocrático, se vió en el plazo de una semana, amenazada del destronamiento.

Dióse cuenta muy exacta de lo que ocurría en torno suyo. Ni se forjó ilusiones, ni incurrió en el más leve error, al formar juicio acerca de lo que se preparaba. Tuvo noción segurísima de lo que necesitaba hacer para conseguir que la normalidad quedase restablecida. Nunca general alguno, en medio del combate, concibió con mayor precisión los movimientos que debía realizar para impedir la derrota.

Si es una satisfacción sentirse á la altura de la tarea, la señora de Sortais debió gozar plenamente esa satisfacción, porque dominó los acontecimientos con perspicacia verdaderamente reveladora de superior inteligencia. Reunió fuerzas, preparó el plan, y se decidió á librar una batalla decisiva para reconquistar la influencia comprometida de momento, cuando surgieron complicaciones por completo inesperadas, que le embrollaron más y más gravemente sus asuntos.

A las siete de la tarde, en su salón, la condesa charlaba aparte con su aborrecida amiga la hermosa baronesa de Folentin. Acababa de humear el té en las tazas, y los íntimos, que habían ido á pasar una hora con la señora de Sortais, se despidieron y se marcharon poco á poco. La Baronesa no parecía dispuesta á irse. Se entretenía hablando de pequeñeces, cuando, de pronto, dándose una palmadita en la frente, y mirando con fijeza á su amiga:

— ¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted al baroncito de Roize?

— No, — contestó la Marquesa, algo sorprendida. — Ayer estuvo aquí, y hoy creo que se halla de cacería en Compiègne, con mi marido...

— Usted, querida mía, es amiga de ese joven y ejerce alguna influencia sobre él... ¿verdad?... Pues aconséjele que no se exhiba, como anda exhibiéndose, con una comiquilla de poco más ó menos...

— ¿Qué me dice usted? — balbució la Marquesa,

pasando rápidamente de la palidez al rojo de la indignación.

— Digo que, aun no hace dos días, lo encontré en una calle del Bosque, paseando, muy amartelado con una linda jovencita que ha sido institutriz de su hermana, y que ahora, si no me equivoco, está contratada en no sé qué teatro. Si Treillard viniese aún por aquí, podría suministrarle pormenores sobre el asunto. Sí, creo que esa jovencita actúa ó figura en el escenario donde el exámito de usted va á estrenar una comedia...

— ¿Qué me cuenta usted? — dijo la señora de Sortais, aturdida por los golpes sucesivos que acababa de asestarle la Baronesa. — ¿El señor de Roize paseando en el Bosque con...? ¡No es posible!

— Lo ví, como estoy viendo á usted. Y la jovencita con la cual paseaba amorosamente era la institutriz que hemos conocido en casa de su madre... Ya comprenderá lo bonito que resulta semejante encuentro, después de las historias que se han contado respecto á la salida de la chica... Se la suponía la querida de Roize padre, y éste apenas si lo negaba... ¿Ha favorecido al padre y al hijo? De cualquier modo, ya está usted prevenida. Sermonee un poco al guapo Mauricio... Seré discreta, pero no todas en mi lugar harían lo mismo. Y una situación así, podría perjudicar á ese muchacho, el día en que quiera casarse...

Y, habiendo dicho todo lo que quería decir, la baronesa de Folentin se levantó, abrazó á la señora

de Sortais y se marchó con la tranquilidad de una persona que acaba cumplir con su deber.

La Marquesa, después de despedir á aquella excelente amiga, volvió al salón incubando una de las cóleras más feroces que pueden destrozarse un corazón femenino. Era demasiado dueña de sí misma, para entregarse á violencias estériles. No desgarró el pañuelo de encaje, no se retorció las manos, no lanzó exclamaciones furiosas, no maldijo al infiel. Sentóse tranquilamente, muy pálida, con la mirada fija, el entrecejo arrugado y la dentadura apretada por contracción nerviosa. Reflexionó profundamente.

Lo que acababa de contarle la señora de Folentin, no le ofrecía duda. Las circunstancias especiales que acompañaban á la denuncia, eran garantías de veracidad.

La señora de Sortais recordaba perfectamente á la institutriz aludida, por haberla visto á menudo en el salón de la baronesa de Roize. Sabía que circuló el rumor de que la jovencita tuvo que salir de mala manera de casa de la Baronesa, después de haber dado un disgusto á la familia. Pero la señora de Sortais creyó positivamente que el culpable era el señor de Roize padre, galanteador empedernido, á pesar de sus sesenta cinco años, y siempre muy mujeriego. Así, pues, atribuyó á ligereza del padre, la salida de la institutriz. ¿Cómo iba á sospechar la Marquesa que Mauricio, después de dos años de relaciones, — relaciones útiles que le daban grandes ven-

tajas sociales, — había de engañarla, sin provecho, con una jovencita comprometida?

Tan lastimada por el engaño como herida por la traición, la señora de Sortais, á medida que estudiaba la aventura, sentía con más viveza el dolor. Y el corazón, en pos de la inteligencia, y alumbrado por ella, se le oprimía más cruelmente de minuto en minuto. Recordaba las horas deliciosas que había pasado junto á aquel buen mozo, tan joven, tan gallardo, tan delicadamente seductor, al cual amó y del cual se creyó firmemente amada. Se vanagloriaba de manejarlo á su gusto, de modelarlo para su placer, de conducirlo para su amor propio, y de convertirlo, en fin, en un hombre de pro. Creíase que ninguno de los actos ni de los pensamientos del joven, podía escapar á su perspicacia. Y, bruscamente, adquiría el convencimiento de que no había sabido ver ni adivinar cosa alguna, y de que las sonrisas del seductor Mauricio y sus promesas de enamorado, eran sólo mentiras. El batacazo era duro y grande. La literatura se mezclaba al sentimiento en proporción desoladora. Las *Visiones ardientes* de la poetisa, inspiradas por las horas de embriagueces compartidas con Mauricio, recibían un mentís tan rotundo como las ilusiones tiernas de la querida. La Marquesa había recibido el golpe donde más podía dolerle, y, en el naufragio de amor y de ambición, todo era un motivo más de pesadumbre.

Al llegar á este punto de sus reflexiones, experimentó tal disgusto, tan hondo desaliento, que las

lágrimas se le agolparon á los ojos y, al fin, cediendo á la mujeril flaqueza, vertió abundante llanto. Pasó una hora muy amarga.

De una vez, pagó todas las satisfacciones de los triunfos pasados. Su marido, al entrar, la encontró semi á oscuras, recostada en un diván, y el olor pronunciado de las sales inglesas, que llenaba la estancia, explicóle pronta y cumplidamente el estado de postración en que se hallaba la Marquesa.

— ¿Eh? ¿Qué tienes? ¿Jaqueca? ¿Sufres mucho?

— ¡Horriblemente!

— ¿No haces cuenta de comer?

— Creo que, aun cuando quisiera, no podría.

— Entonces ¿no irás esta noche á la Opera?

— No.

— ¡Muy bien! Querida mía ¿me necesitas para algo? Me voy al Casino á comer.

— Haces bien. Hasta mañana.

Quedóse sola; reconquistó alguna lucidez y, á eso de las nueve, hizo que le llevaran algún alimento. Volvía á adueñarse de sí misma y la energía de su caracter se sobreponía al aniquilamiento del cerebro. Se recriminó, como una flaqueza, el abandono que de su ser hizo al guapo mozo que la había traicionado y que lógicamente debía traicionarla. Consideró su catástrofe desde el punto de vista literario y trató de sacar partido de ella, cual lo había sacado de su dicha. Analizó psicológicamente su caso pasional y experimentó amargo alivio diciéndose

que aquel sufrimiento no sería estéril, y que le suministraría observaciones personales. Quiso, desde ese instante, llegar al fin de su infortunio y «vivirlo» de un modo completo. Algo así como curiosidad febril, la movió á escrutar todas las circunstancias que acompañaban á su abandono. En cierto modo, se desdobló, y, al lado de la amante enamorada y doliente, surgió la observadora audaz y minuciosa que buscaba tomar nota de todos los incidentes de la aventura. La dama sintióse orgullosa del dominio que ejercía sobre sí misma. Encontróse más fuerte, y se conceptió capaz de resistir las adversidades de la fortuna. Acabó por dormirse, y, á la mañana siguiente, despertó tranquila y resuelta á saber la verdad completa.

Nunca había ido al domicilio real de Mauricio de Roize. Siempre se veían en el cuartito de la calle de Falsburgo. El joven evitaba cuidadosamente recibirla en la casa propia, pretextando la necesidad de velar en el misterio sus relaciones. Lo que, otras veces, se le antojó á la señora de Sortais una precaución conmovedora, se le antojaba hoy una previsora hipocresía. Mauricio le decía: «Mi madre sube con frecuencia á sorprenderme. ¿Qué íbamos á hacer si llegaba bruscamente estando usted allí? Habría que escapar en seguida ó exponerse á un encuentro. ¡Qué fastidio y cuántas preocupaciones tendríamos! Mientras que en nuestro nidito, sólo conocido por nosotros, sólo visitado por usted, que posee la única llave, nos hallamos más libres y más tierna-

mente unidos. » Y la Marquesa sonreía al escuchar, de los amados labios, palabras tan sensatas como cariñosas.

Sin embargo, ahora pensaba : — Me engañaba y quería alejarme. El encuentro que temía no era con su madre, sino con esa muchachuela, y, quizás, con otras antes de ella. ¿ Acaso me ha amado alguna vez, á mí sola? Afectaba, con mucha discreción, ante el mudo, no tratarme familiarmente. Se mantenía á distancia, como un indiferente. Nadie hubiera podido sospechar nuestras relaciones, viéndolo tan frío y tan tranquilo. Treillard lo adivinó ; pero Treillard... ¡ era Treillard ! Un observador penetrante, reforzado por un enamorado celoso. Y ¡ tan agudo ! ¡ tan perspicaz !.. Así, por estos rodeos extraños, volvía hacia su consejero literario, y hasta culpaba al guapo Mauricio por haber contribuido al alejamiento del literato. El afecto que sentía por el Barón, fué la causa que la movió á rechazar el cariño que Treillard le ofrecía. ¿ Llegó á acariciar el proyecto de mantener relaciones con ambos ? ¡ Quién sabe ! Pero la sagacidad de Treillard dió al traste con la combinación. Hubo que elegir, y triunfó el infiel. ¡ Error de táctica por parte suya ! De esto no se dió cuenta en el momento. Se dejó guiar por el gusto. Las críticas retrospectivas carecían de valor, toda vez que no había tenido libertad para proceder de otro modo. Ahora, al ver claro, cambiaba de objetivo, y lamentaba estar reñida con el literato, en el preciso instante en que éste podía serle más útil.

No perdió el tiempo en lamentaciones superfluas. Estaba dominada por un pensamiento que le marcaba línea de conducta. Quería saber á qué atenerse respecto al gallardo Mauricio, tener una explicación con él, y no seguir siendo engañada ni un minuto más. Al oír sonar las diez, se acabó de abotonar los guantes y, cubierta por un velo, vestida con traje obscuro, salió de su hotel, tomó un coche de alquiler, y se hizo llevar á la calle de Antin, á casa del barón de Roize. Durante el trayecto pensaba : Si cuento con alguna probabilidad de sorprenderlo, es ahora. ¿ Cómo puede imaginar lo que le preparo ? Está muy tranquilo ; acaso aun no se haya levantado. No tendrá tiempo para ocultar nada. Conseguiré formarme idea exacta de su intimidad. Debo á la primer mirada, á la primera palabra, al primer gesto, adquirir la certeza, si no material, al menos moral, de lo que vengo buscando. Se apeó, pagó al cochero y subió al entresuelo.

La señora de Sortais, yendo así á la sordina, fiándolo todo á la sorpresa, no podía imaginarse el éxito completo que la casualidad le iba á proporcionar. Mauricio había ido la víspera, á la doce menos cuarto de la noche, á aguardar á la salida de la *Comedia Intima*, en un carruaje del Casino, á la señorita Claudina Nantheuil, y se la llevó á su casa. Aun estaba en ella ; y mientras que el guapo Roize, en la cama, con los ojos soñolientos se entregaba á las dulzuras de un lento despertar, ya la joven, en el cuarto-tocador, se peinaba, animando con alegre

ruido la soledad apacible de aquel cuarto silencioso. El ayuda de cámara, bien aleccionado, aún no había entrado en el dormitorio de su amo. Se ocupaba en cepillar, en el vestíbulo, el abrigo de Claudina, silbando por lo bajo un aire popular. El campanillazo dado por la Marquesa, le hizo renegar. Fué á abrir, sin apresurarse, y se quedó estupefacto al ver á la inesperada visitante. A primera vista, la señora de Sortais descubrió el abrigo femenino, acabado de colocar sobre un mueble. Y bruscamente, tomando la ofensiva, preguntó al criado:

— ¿Está aquí, todavía, la señorita Claudina Nantheuil?

El ayuda de cámara no tuvo bastante viveza de ingenio para parar este rápido ataque. Se azoró, lanzó una mirada hacia el abrigo, titubeó y acabó por decir:

— No lo sé, señora.

En el acto, la Marquesa, segura ya del hecho, con el corazón palpitante por la satisfacción de haber triunfado y por el dolor de ver desvanecida su última ilusión, avanzó por el vestíbulo, y ordenó con autoridad:

— Vaya usted á averiguarlo.

— Es que yo no puedo entrar en el dormitorio de mi señor.

— Muy bien. Aguardaré.

La señora de Sortais apartó, con el extremo de su sombrilla, el abrigo extendido sobre un diván, y se sentó resueltamente. El criado, cuyas ideas se desem-

brollaban poco á poco, tuvo, entonces, el presentimiento de que acaba de cometer una estupidez. Trató de oponerse á que la visitante pusiese por obra el propósito francamente expresado de aguardar. Pero la lucha era desigual y, al cabo de un momento, el hombre calculó que lo mejor que ya podía hacer era ir á avisar á su amo. La señorita Nantheuil, vestida, estaba de pie junto á la cama, en la que seguía desperezándose Mauricio, cuando oyó unos golpecitos dados discretamente con los nudillos sobre la puerta. La joven fué á abrir en persona y, al ver al ayuda de cámara cariacontecido, le preguntó:

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que pasa?

El doméstico inclinó la cabeza y dijo:

— Que ahí está una señora, que quiere hablar con la señorita.

— ¿Quién es?

— No la conozco.

— Y ¿es por mí por quien pregunta?

— Ha preguntado por la señorita Claudina Nantheuil.

— Y ¿es una señora?

— ¡Oh! sí; positivamente es una señora. No hay modo de equivocarse.

— Pero ¿qué significa eso? — exclamó el Barón, saliendo bruscamente de su somnolencia. — Y ¿quién puede saber?...

— ¿Ha contestado usted que yo estaba aquí? — ininterrogó Claudina.

— Yo tenía el abrigo de la señorita al brazo... Y como quiera que lo cepillaba...